

inglesas en las Antillas impidieron la conquista de la Florida, que el gobierno inglés había proyectado. Oglethorpe marchó con 1,200 hombres contra San Agustín, pero esta empresa fracasó; los españoles atacaron luego la Georgia, y a su vez fueron rechazados con grandes pérdidas; de suerte que los límites entre unos y otros quedaron como antes.

En 1743 dejó Oglethorpe la colonia para siempre y se retiró a Inglaterra. Desde entonces fué cambiando la Georgia de carácter; en 1746 varios vecinos de Savannah solicitaron permiso para introducir esclavos; se establecieron hijos de hacendados de la Carolina y de Virginia en el país, creando grandes haciendas; los pequeños cultivos fueron reemplazados por los grandes, y al poco tiempo la Georgia, a pesar de las buenas intenciones de su fundador, era uno de los Estados del Sur cuya existencia tenía por base la esclavitud. En 1755 tenía esta colonia mas de tres mil habitantes, y ochenta mil despues de la guerra de la independencia. Oglethorpe murió casi centenario.

CAPÍTULO III

LAS COLONIAS FRANCESAS EN LA AMÉRICA DEL NORTE Y LAS GUERRAS INTERCOLONIALES

La Nueva Francia

La Nueva Inglaterra se componía de colonias dependientes de la madre patria, pero en realidad y en la práctica política libres, bien que generalmente esclavas de una secta religiosa dominante. El factor principal de la vida social era el trabajo infatigable, el deseo de crearse con el trabajo una posición material desahogada, unida a una moralidad y religiosidad sencillas y sinceras: conjunto de caracteres distintivos que en aquellos Estados se conserva todavía hoy en su esencia al través de mas de dos siglos y de todas las modificaciones. De aquí proviene también que estos países no presenten en su historia grandes figuras dramáticas.

La Nueva Francia ofrece caracteres opuestos. Allí el monarquismo feudal francés y la teocracia católica se propusieron amoldar a su sistema a las numerosísimas tribus indias guerreras, salvajes, criadas desde tiempo inmemorial en una libertad e independencia ilimitadas y desconocedoras de todo rudimento de ley. Por eso la historia de la Nueva Francia es desde el principio una relación continua de guerras con tribus salvajes, con el poder inglés y con los gentiles y herejes (1). Sus caudillos hicieron prodigios de valor y mostraron una energía inflexible que no retrocedía ante los mayores sacrificios ni desmayaba en los tormentos mas horribles; pero no consiguieron ninguno de sus propósitos.

La historia de la Nueva Francia empieza con una empresa mercantil y de colonización en la América septentrional de un chambelán del rey de Francia, llamado Pedro de Monts, que obtuvo permiso para colonizar la Acadia, ó sea el territorio comprendido entre los 40° y 46° de latitud Norte, es decir, entre el punto que hoy ocupa Filadelfia hasta mas allá de Montreal y desde el Atlántico hasta donde llegara el territorio al Oeste. Al propio tiempo recibió el título de lugarteniente del rey con poderes de virey, y el monopolio del comercio de pieles, quedando anuladas y caducadas todas las concesiones análogas anteriores, con gran disgusto de los comerciantes de Saint-Malo, Ruan, Dieppe y la Rochela. También fué autorizado para enganchar a la fuerza cuantos vagabundos, salteadores y otros perdidos pudiera

(1) Véase la obra inglesa: *France and England in North America*, por Francisco Parkman, Boston. Es autor de muchas obras y estudios históricos notables sobre la América del Norte.

apresar ó encontrar en las cárceles para formar su contingente armado; de cuyo permiso hizo el agraciado amplio uso. Monts era calvinista, pero había tenido que prometer que los indígenas americanos serían educados en la religión católica, apostólica, romana; de suerte que a bordo de sus buques iban, además de muchos voluntarios nobles y de título, espadachines y ladrones, sacerdotes católicos y predicadores hugonotes. Los individuos mas notables que tomaron parte en la expedición fueron un comerciante de Saint-Malo llamado Pontgravé, el caballero Samuel de Champlain y el baron de Poutrincourt.

Champlain había nacido en una pequeña ciudad marítima del golfo de Vizcaya y era un verdadero caballero noble con su dosis de héroe novelesco. Había visitado las Antillas, Méjico y el istmo de Panamá, donde concibió el proyecto de un canal interoceánico. De regreso a Francia se presentó en la corte, donde hizo conocimiento con Pontgravé, el cual le comunicó su proyecto de visitar la América septentrional para dedicarse al comercio de pieles, comprándolas a trueque de objetos de manufactura francesa. Los dos partieron en un buque para aquellas lejanas costas; pero no encontraron huella alguna de la ciudad de Hochelaga, de la cual se les había hablado, ni de los indios sus habitantes, y regresaron a Francia. Entretanto Monts había recibido la concesión y en su expedición tomaron parte.

Monts partió el 7 de abril de 1604 en uno de los buques del Havre, en el cual iba también Champlain; y pocos días despues siguió, según estaba convenido, Pontgravé con otros buques cargados de pertrechos y provisiones de boca para los colonos. Al llegar a América entró Monts en la bahía de Santa María, donde se dedicó dos semanas a explorar las costas, mientras Pontgravé se trasladó a un sitio llamado Tadoussac, donde comerció con los indígenas. Monts descubrió en sus exploraciones el puerto de Anápolis, cuya comarca concedió en calidad de feudo al baron de Poutrincourt, a petición de este, que llamó al puerto y al país Port-Royal. Desde allí visitaron los navegantes el río San Juan, al cual dieron este nombre.

Entretanto trazó Champlain mapas hidrográficos de las rutas que siguieron y de las costas y puertos que visitaron. Entró también en un río en cuya desembocadura encontró una isla pequeña, ceñida de peñascos y arrecifes, que llamó Sainte Croix, nombre que desde entonces lleva también el citado río. En esta isla estableció Monts una colonia protegida por un fuerte, en el cual se instaló Champlain con ochenta hombres. Era este entonces el único punto habitado por blancos en todo el trecho desde las colonias españolas hasta el polo.

Durante el invierno el escorbuto mató a 35 individuos de esta colonia, y el resto no se desesperó ni desmoralizó gracias al ejemplo y al valor heroico de Champlain. Cuando en el mes de junio, los aires primaverales de aquella región hubieron quebrantado los hielos, y restablecido la salud de los infelices reclusos sobrevivientes, embarcóse Monts con Champlain y varios otros caballeros, veinte marineros, un indio y su mujer, en un barco de veinte toneladas a fin de buscar otro sitio mejor para su capital. Recorrió toda la costa del actual Estado de Maine, pasando cada día a tierra, haciendo conocimiento con los indígenas y cambiando con ellos regalos, pero sin encontrar el sitio a propósito que buscaba. Finalmente, acabándose las provisiones, regresó con su gente a Sainte Croix, a donde llegaron a principios de agosto. Resolvió entonces establecerse en Port-Royal, concedido a Poutrincourt, é hizo llevar allí las provisiones restantes, con todos los demás pertrechos, utensilios y la parte transportable de los edificios, con los cuales se levantaron las

casas de la nueva colonia en el lugar de la selva virgen que hasta entonces había ocupado aquel terreno.

Entretanto los contrarios de Monts habían trabajado en la corte de Francia para quitarle su privilegio; un buque de su nación le llevó esta noticia y el consejo de volver a París para deshacer aquellas intrigas; y siguiendo el consejo embarcóse y partió inmediatamente. Llegado que hubo a París, encontró que sus enemigos efectivamente no se daban punto de reposo, mientras sus amigos se le mostraron bastante indiferentes. Uno de estos últimos era el abogado letrado Marcos Lescarbot, hombre de claro ingenio, poeta notable y gran conocedor de las letras antiguas. Este hombre, que nos ha dejado una de las mejores y mas antiguas relaciones históricas de los primeros establecimientos franceses en América, partió en el mes de mayo del año 1606 con el baron de Poutrincourt para el nuevo continente, mientras Monts continuaba en París, donde su presencia era todavía necesaria. A fines del mes de julio, Poutrincourt y Lescarbot echaron anclas en el puerto de Port-Royal, donde no encontraron mas que dos de sus compatriotas, porque doce días antes había marchado Pontgravé con los hombres restantes a las pesquerías en busca de auxilio y principalmente de provisiones, que esperaba obtener de algun buque de su nación. Los dos individuos que habían quedado en Port-Royal para guardar la plaza, los cañones y municiones de guerra, saludaron a los recién llegados como salvadores, y poco despues llegó también con socorro Pontgravé. Este partió luego para Francia, mientras Poutrincourt emprendió con Champlain una nueva excursión exploradora en busca de un buen sitio para establecer la colonia principal, empresa que también se frustró. En noviembre regresaron con algunos hombres menos a Port-Royal, donde pasaron el invierno lo mejor que pudieron, porque la nueva plaza, que era bastante espaciosa, estaba bien provista de todo lo necesario y bien fortificada.

Llegó la primavera y poco despues un buque que les llevó la fatal noticia de que el privilegio de Monts había sido anulado a consecuencia de las reclamaciones de los comerciantes y navieros de los puertos de Normandía, Bretaña y Gasconia. Estos visitaban regularmente las pesquerías americanas, donde hacían de paso el comercio de pieles. De este lucrativo comercio les había privado el monopolio injustamente concedido a Monts, y anulado a la sazón no menos injustamente despues que el agraciado había hecho con sus compañeros desembolsos y otros sacrificios inmensos, sin haber tenido hasta entonces beneficios, porque los holandeses y los mismos franceses, estos clandestinamente, desafiando las penas en que incurrian, habían continuado haciendo grandes acopios de pieles en el golfo y río de San Lorenzo.

En estas condiciones no había medios de sostener la empresa, y a principios del mes de octubre del año 1607 los arrojados expedicionarios volvieron a pisar el suelo patrio en Saint-Malo, habiendo sido los primeros europeos que intentaron fundar una colonia agrícola en el Nuevo Mundo. Les honra su conducta humanitaria y amistosa para con los indios, tan maltratados en las posesiones españolas y tan despreciados por los colonos ingleses.

El baron de Poutrincourt no quiso renunciar buenamente a su posesión de Port-Royal, y consiguió que el rey Enrique IV le confirmara en ella. Los jesuitas, viendo en la Nueva Francia un nuevo y vasto campo para su actividad, hicieron valer toda su influencia en la corte para que Poutrincourt se llevara algunos individuos de la órden; pero el baron, si bien era buen católico, había hecho la guerra con los hugonotes contra la Liga a favor de Enrique IV, y por aversión y recelo eludió el compromiso y se embarcó en fe-

brero del año 1610 en Burdeos para la América sin llevarse ninguno de aquellos padres.

Encontró a Port-Royal casi en el mismo estado en que lo había dejado, y a fin de probar que no necesitaba jesuitas, aplicóse con mucho ahínco a convertir a sus vecinos indios. Consiguio, en efecto, que el sacerdote que le acompañaba bautizara a un jefe de tribu, de edad de 110 años, y a su familia, en presencia de toda la colonia; y con este motivo se cantó un *Te-Deum* y se dispararon algunos cañonazos para anunciar esta victoria del Evangelio. Este suceso hizo mucho ruido entre los indios, los cuales acudieron en gran número con el objeto de hacerse bautizar, creyendo que esto les traería fortuna, mostrar su amistad a los franceses y probablemente con el de llenar los estómagos, porque a la ceremonia iba unida una abundante comida. De todos modos pudo Poutrincourt enviar a Francia una numerosa lista de indios convertidos con el buque que, mandado por el hijo del baron, jóven de diez y ocho años llamado Biencourt, partió para la metrópoli. Entretanto había sido asesinado el rey Enrique IV y gobernaba su viuda María de Médicis en calidad de regente en nombre de su hijo. El jóven Biencourt obtuvo una audiencia y presentó a la regente la lista de los neófitos. Esto excitó mas que nunca la ambición de los jesuitas, cuya protectora en la corte era la bella y virtuosa Antonieta de Pons, marquesa de Guercheville, dama de honor de la reina, y el resultado fué que Biencourt tuvo que llevarse a los dos jesuitas Biard y Masse. Con ellos se embarcó en Dieppe, porque habiéndose acabado los recursos de su padre y de sus compañeros, habíase asociado por convenio con dos comerciantes hugonotes de aquel puerto para que facilitaran el buque y su cargamento. Sin embargo, cuando los comerciantes hugonotes vieron a los jesuitas no quisieron admitirlos a bordo y reclamaron el reembolso de todos los gastos que habían hecho. Al saber esto la marquesa, hizo al instante una suscripción piadosa en la corte, que dió por resultado una suma considerable, la cual permitió a los jesuitas comprar a aquellos comerciantes hugonotes su parte en la empresa por 3,800 libras francesas, por cuenta «de la Sociedad de Jesus, provincia de Francia.» Así llegaron a ser los jesuitas socios de la empresa de Poutrincourt, y a fines de enero de 1611 partieron muy contentos los dos padres para la Nueva Francia.

Los jesuitas en el Canadá

Poutrincourt entregó el gobierno de su Estado a su hijo, tan pronto como este llegó, y se dirigió a Francia en busca de recursos. A falta de otros, vióse obligado a aceptar por socia a la marquesa de Guercheville, la cual entró en el negocio con 6,250 pesetas y se hizo ceder por Monts, que había perdido mucho dinero, sus derechos sobre la Acadia, a los que añadió el jóven rey Luis XIII la concesión de todo el territorio desde el río San Lorenzo hasta la Florida, sin curarse de las colonias inglesas y holandesas. Esto fué justamente lo que dió lugar a infinitos conflictos, que no tardaron en surgir. Por lo pronto, la citada marquesa, ó mejor dicho, sus amigos los jesuitas, eran dueños nominales de la mayor parte de los futuros Estados Unidos y de las posesiones británicas en la América del Norte, y el señorío del baron de Poutrincourt se reducía a un islote microscópico en este vasto imperio.

En 12 de mayo de 1613 partió para la Nueva Francia un buque con los dos padres jesuitas Quentin y Du Thet, cincuenta y ocho marineros y pasajeros, cierto número de caballos y cabras y abundantes provisiones; al llegar a Port-Royal tomó a bordo a los dos jesuitas Biard y Masse y se

dirigió a la costa de Maine, donde dió fondo en una bahía de la isla Mount-Desert. Allí erigieron los franceses en la playa una cruz, oyeron misa y llamaron al país Saint Sauveur.

Seis años antes, en 1607, había desembarcado el capitán Newport los primeros colonos ingleses en Virginia á orillas del río James. Allí llegó en 1613 el contrabandista Samuel Argall con su buque de catorce cañones y sesenta hombres de tripulación, y pasando al Norte para ocuparse en la pesca de bacalao, le arrojó una tempestad á la costa de Maine, donde supo por los indios la llegada de los franceses á la isla de Mount-Desert. Entonces el contrabandista-pirata resolvió sorprender á los franceses, los cuales, siendo inferiores en número, fueron vencidos despues de una corta lucha en que murió entre otros como un héroe el jesuita Du Thet. Argall se apoderó del campamento y de las provisiones, y preguntando por el jefe de la expedición, que era un cortésano francés llamado Saussaye, supo que había huido y ocultándose en la selva. Argall abrió el baul de Saussaye, se apoderó de las cartas reales y de los poderes concedidos por el rey, y dejando el resto del equipaje como lo había encontrado, volvió á cerrar el baul. A la mañana siguiente reapareció Saussaye y fué recibido por Argall cortésmente, diciéndole que aquel territorio pertenecía á su amo el rey Jacobo. Saussaye lo negó, y para justificarse buscó en su baul sus instrucciones y poderes, y como no los encontró, el capitán inglés le trató de impostor y le declaró pirata con toda su tripulación. En su consecuencia apoderóse del buque, repartió entre su gente cuanto pertenecía á los tripulantes franceses, de los cuales tomó catorce á bordo en calidad de prisioneros, y embarcó á los quince restantes, entre ellos el jefe Saussaye y el jesuita Masse, en una lancha, que dejó á la merced de las olas. Por una feliz casualidad aquellos infelices fueron recogidos, despues de muchos peligros, por un buque mercante de su nación, que los llevó sanos y salvos á Saint-Malo. Argall entregó los otros catorce al gobernador de Virginia, Tomás Dale, que los trató como filibusteros contra todo derecho y razón, pues que entonces había paz entre Inglaterra y Francia, sin que ninguna de las dos naciones pudiese pretender derechos exclusivos á todo el continente de la América septentrional. Dale no se contentó con lo hecho sino que envió á Argall, con una pequeña escuadra, á destruir los establecimientos de los franceses en el Norte, y tan bien cumplió el capitán su misión, que destruyó y redujo á cenizas, además del campamento de Mount-Desert, las colonias de Sainte Croix y Port-Royal.

La sorpresa de Mount-Desert por Argall, acto que mas tenia de pirático que de otra cosa, y la destruccion no menos ilegal de los otros establecimientos franceses, que por lo pronto apenas llamó la atención fuera del círculo de las personas inmediatamente interesadas en estos sucesos, fueron el principio de la formidable lucha entre Francia é Inglaterra, que duró siglo y medio y que concluyó en la llanura de Abrahan, cerca de Quebec (1).

La obra piadosa de la marquesa de Guercheville quedó destruida, mas parece que le fué restituído su buque, y los prisioneros recobraron su libertad. Argall fué nombrado, en recompensa de su conducta, sub-gobernador de Virginia. El baron de Poutrincourt, perdida toda esperanza de sacar algun provecho de su señorío en la América del Norte, recibió, al regresar á Francia en 1615, el mando de las tropas reales destinadas contra Mery, donde murió en el campo del honor. Su hijo, sin embargo, continuó en Acadia y hasta reconstruyó en parte la plaza de Port-Royal.

(1) Donde se libró la batalla decisiva entre ingleses y franceses, en la cual murió el heroico general inglés Wolfe (18 de setiembre de 1759).

Volvamos ahora á Champlain, á quien dejamos seis años antes explorando las costas y rios en busca de un sitio favorable para la capital de la Nueva Francia. Había explorado el río San Lorenzo hasta los saltos mas arriba de Montreal, y creyó haber encontrado allí el punto mas conveniente donde establecer una plaza fuerte perfectamente á propósito como centro y base de operaciones, tanto para explorar el caudaloso río San Lorenzo hasta el gran lago del cual salia, segun decian los indígenas, y descubrir por allí una ruta acuática á las Indias Orientales, como para examinar por este río y sus afluentes todo el interior, cerrarlo de paso á las naciones extranjeras y monopolizar así el comercio de pieles. La parte mercantil, sin embargo, no era para Champlain lo esencial sino solo un medio de lograr su objeto principal, que era el conocimiento del continente americano y la conversión á la religion cristiana de los indígenas salvajes, arrancándolos de las garras de Satanás, como era el deber de todo buen cristiano.

Este punto estratégico escogido por Champlain era el que ocupa la actual ciudad de Quebec, en la peñascosa lengua de tierra ó promontorio que forma el río Saint Charles en su confluencia en el San Lorenzo, donde la anchura de este último entre el citado promontorio y las alturas de Point-Levi, en la orilla opuesta, se reduce 1,524 metros.

El tenaz Monts, á su regreso á Francia, había conseguido un nuevo monopolio de comercio, bien que esta vez solamente por un año. Para explotarlo armó dos buques, dando el mando del uno á Pontgravé y el del otro á Champlain; el primero debía hacer el comercio con los indígenas para cubrir los gastos de la expedición, y el segundo recibió la misión de fundar la proyectada colonia y de explorar el país. Hízose así; mientras Pontgravé llenó su bodega con las preciosas pieles que los indios le llevaron en sus canoas, Champlain construyó el grupo de casas de madera, protegidas por una elevada y robusta empalizada con una galería cubierta por la parte interior y una ancha zanja en el exterior, que fueron el principio de la ciudad de Quebec. Tres pequeños cañones emplazados en ángulos salientes de la galería, dominaban el paso del río.

En esta ciudadela pasó Champlain con veintiocho hombres el invierno, durante el cual el terrible escorbuto le mató veinte. Cuando llegó la primavera, tuvo una entrevista con Pontgravé y convinieron en que este último guardaría á Quebec mientras Champlain emprendía su viaje de exploración para encontrar la ruta acuática á la India. Un joven jefe de tribu, de la cuenca del río Otava, afluente del San Lorenzo desconocido aun de los franceses, se había presentado en Quebec en el otoño anterior solicitando de Champlain el auxilio de los suyos para una expedición que su tribu debía emprender en la próxima primavera contra sus enemigos. Esta ocasion de mezclarse en las contiendas de las tribus indígenas fué aceptada por Champlain, que creía adquirir de este modo relaciones poderosas para la realización de sus proyectos de descubrimiento; y desde entonces esta conducta de intervencion fué la base de la política francesa para extender su influencia entre los indígenas de la América del Norte. Los franceses no sabían que aquellos indios no conocían el estado de paz y estaban siempre meditando expediciones de ataque, sorpresas y matanzas precedidas de indecibles tormentos, de donde resultaba que en ninguna parte, ni en las selvas mas intrincadas, había lugar seguro.

Champlain y los iroqueses

A fines de mayo de 1609, subiendo por el río San Lorenzo y su afluente el Otava en una pequeña flauá con su gente,

armada de arcabuces, llegó Champlain al campamento de sus aliados, que eran los hurones y otras tribus de la gran familia ó raza algonquina, cuyos enemigos antiguos é irreconciliables eran los iroqueses, tribus afines pero mas poderosas y mas inteligentes y adelantadas en la civilización india, que ocupaban entonces las cuencas del Mohawk, del Onondaga y del Genesee (1).

Marcharon, pues, los hurones contra sus enemigos, y entonces fué cuando Champlain llegó al lago que desde entonces lleva su nombre. En el primer encuentro que los hurones y sus aliados tuvieron con sus enemigos, viéronse pronto acorralados, y entonces pidieron el auxilio de Champlain. Este se presentó con su gente en el sitio de la batalla; los iroqueses quedaron asombrados, porque jamás habían visto guerreros europeos; la primera bala del arcabuz de Champlain tendió en el suelo un jefe iroqués, la segunda bala no fué menos certera, y mientras los franceses fueron tirando, sus aliados enviaron al enemigo, entre formidables alaridos, nubes de flechas mortíferas. Los iroqueses, aterrorizados, se desbandaron, y los hurones se apoderaron de su campamento, canoas y víveres, é hicieron muchos prisioneros, con los cuales regresaron al punto á su país sin pensar en aprovechar su victoria de otra manera, porque todas las guerras de los indios eran empresas sueltas y sin plan.

Con esta primera intervencion en las guerras de estos pueblos los franceses se atrajeron la enemistad inextinguible del grupo mas temido de entre ellos, formado de cinco pueblos ó naciones, enemistad que se prolongó durante muchas generaciones y produjo interminables y mortíferas luchas.

Champlain, Pontgravé y Monts regresaron despues á Francia; el primero hizo una relación al rey, que era Enrique IV, el cual pocos meses despues fué asesinado por Ravalliac; Monts se esforzó en vano por obtener del rey la renovación de su privilegio, y entonces resolvieron los tres proseguir su empresa como pudiesen y volvieron á América. Entretanto, muchos otros negociantes cargaron sus buques en el río San Lorenzo con las pieles que los indios les llevaron en gran cantidad, quitando así á Monts y á sus compañeros el beneficio de aquel año.

Champlain preparó una nueva expedición de descubrimiento, dirigida esta vez al Norte, donde segun los indios existían grandes lagos y riquísimas minas de cobre. Para esto contó con la cooperación de los hurones, los cuales en cambio reclamaron otra vez su auxilio contra los iroqueses, que fueron derrotados como la vez primera, á pesar de todo su valor y fiereza.

Antes de emprender la expedición al Norte construyó Champlain un fuerte no lejos del punto que hoy ocupa la ciudad de Montreal. Llamó al fuerte Place-Royale y lo rodeó de una robusta muralla de ladrillos. Hecho esto, volvió á Paris, donde presentó al príncipe Carlos de Borbon sus notas y mapas, le expuso la inmensa extensión de la Nueva Francia y sus riquísimos recursos, y solicitó su protección y cooperación para la empresa de explorar aquel vasto continente y someterlo á la Francia. A consecuencia de esta entrevista hízose nombrar el príncipe lugarteniente del rey en la Nueva Francia y trasmitió sus poderes y privilegios á Champlain. Desgraciadamente, aquel murió al cabo de poco tiempo y sucedióle en el cargo de virey el príncipe de Condé, Enrique de Borbon, que poco ó nada se cuidó ni de las colonias ni de los nuevos descubrimientos en América, que en realidad no tuvieron mas amparo y protector que Champlain.

(1) El primero desemboca en el Hudson, el segundo vierte las aguas del pequeño lago del mismo nombre en el lago Erie y el tercero desemboca en el lago Ontario. Los tres se hallan en el Estado de Nueva York.

Viendo este que el monopolio del comercio no era el mejor medio de realizar sus planes, abandonó este sistema y se entendió con Monts y con sus competidores para hacer en comun el comercio de pieles y cooperar á la fundación y conservación de las colonias. Entraron en la nueva compañía los comerciantes de Saint-Malo y de Ruan, pero no los de la Rochela, que eran hugonotes y que prefirieron continuar haciendo el comercio con la América del Norte de su cuenta y riesgo, haciendo grandes regalos al codicioso príncipe de Condé para obtener su protección si incurrian en alguna pena.

En esta situación dirigióse Champlain al prior del convento de recoletos, rama de la poderosa orden de San Francisco, situado cerca de Bronage, pueblo natal de Champlain, para impetrar su auxilio á fin de fundar misiones en la Nueva Francia. La idea fué aceptada, pero siendo la orden mendicante no disponía el convento de medios para su realización y Champlain fué en busca de recursos á Paris, donde á la sazón se encontraban muchos obispos, cardenales y nobles, los cuales reunieron unas 1,500 pesetas para adquirir cirios, vasos, vestimentas y otros objetos sagrados para celebrar las ceremonias del culto con lucimiento. El papa autorizó la misión y el rey le concedió varios privilegios. Cuatro frailes, Dionisio Jamet, Juan Dolbeau, José Le Caron y Pacífico Duplessis, partieron con Champlain y llegaron á fines de mayo de 1615 á Quebec. Su primer cuidado fué escoger un sitio á propósito para convento, y habiéndolo encontrado, construyeron un altar, dijeron misa, la primera que se dijo en el Canadá, y repartieron entre sí para campo de operaciones el inmenso territorio.

Los indios amigos de los franceses solicitaron entretanto el auxilio de Champlain para otra campaña contra los iroqueses, que unidos entre sí amenazaban exterminar á las demás tribus del Nordeste de la América septentrional. Champlain prometió su cooperación é hizo comprender á sus amigos indios la utilidad de aliarse estrechamente contra sus enemigos, porque pensaba que siendo los franceses el núcleo de la alianza, fácilmente extenderían su influencia, apoyados por los misioneros y los comerciantes, sobre todos los indios y someterían el país. Tal fué también la política de los sucesores de Champlain; pero el gran defecto de esta política fué que los franceses excitaron contra sí el odio de los pueblos iroqueses, los salvajes mas fieros, mas valientes y mas poderosos del continente norte-americano. Los indios eran el factor principal de la política francesa en la América del Norte; los ingleses, muy al contrario, no se cuidaron poco ni mucho de ellos, excepto para escarmentarlos, castigarlos y rechazarlos cuando les molestaban con sus ataques y depredaciones.

Habiendo tocado al P. Le Caron la misión entre los hurones, se puso en camino y llegó, despues de innumerables fatigas, al campo de su propaganda apostólica, mientras Champlain con algunos compatriotas suyos y unos cuantos pieles rojas emprendió un nuevo viaje explorador al mismo territorio de los hurones. A los cuatro dias de marcha les faltaron los víveres y tuvieron que mantenerse con zaramoras y otras bayas silvestres. Allí encontraron una tribu de 300 indios que llevaban escudos, arcos y flechas, y por lo demás iban desnudos, y estaban haciendo su provision de bayas para el invierno. Mostráronse aquellos indios muy atentos y dijeron que estaba muy cerca el gran lago Huron. Dirigiéronse allí Champlain y los suyos, y despues de recorrer en canoa la orilla oriental de aquel mar interior de agua dulce, visitaron la ciudad de Oluacha y despues la capital Cahigué, en donde encontraron instalado en una ermita al P. Le Caron. En todas partes fué bien recibido Champlain por los hu-